



Jerez, bodega famosa

Un monumento a Chacón

Hace apenas un año fui a visitar en su casa al decano de la guitarra andaluza: Javier Molina. Javier, que tiene ahora cerca de noventa años, estuvo conversando conmigo por espacio de más de una hora y me habló de muchos de sus recuerdos gloriosos, cuando recorría España de punta a punta, llevando a pueblos y capitales el toque mágico de su maravillosa sonata. Como es natural, dedicamos la mayor parte de la charla a recordar los tiempos que el maestro convivió con don Antonio Chacón, al cual estuvo ligado con lazos artísticos y de amistad, desde los primeros años de su infancia.

Coincidió el maestro conmigo en que Jerez debe a Chacón el monumento que merece su fama y su memoria. Y recuerdo que se encorrió mucho, cuando le dije que en la calle Cazón existe una placa dedicada al mago del canto.

—Hicieron muy mal en no censurarla —me dijo—. Chacón nació en la calle del Sol número 60, y allí debieron ponerla.

Entó es verdad. Pero seguramente era ignorado por los ediles que componían el Ayuntamiento

en aquella fecha. Al parecer, allí vivió algún tiempo el gran artista. No obstante, se olvidaron de un detalle. La placa dice que fué acuerdo del Municipio «rotular» la calle de Cazón, con el nombre del más célebre de los cantaores. Más o menos «asi reza» la inscripción. Pues bien, aún no ha sido cambiado el rótulo que indica: «Cazón», por otro que diga «Don Antonio Chacón». Y oficialmente, el cambio de nombres no existe.

El pueblo de Jerez, sobre todo los que recuerdan con devoción la figura gigantesca de don Antonio, estoy seguro sabrá agradecer a los componentes del actual Ayuntamiento, la rectificación que pedimos en el nombre de la calle tan popular.

El monumento es otra cosa a que se ha hecho acreedora la memoria del artista inolvidable. Han pasado veinticinco años de su muerte —acaeció el 21 de enero de 1920, en Madrid— y su recuerdo glorioso aún sigue en pie. Nunca hubo, ni antes, ni después de Chacón, un artista más completo, e los dos siglos de vida que tiene el cante flamenco. Porque don Antonio lo dominaba todo. Su voz era apta

para todos los cantes, desde el más difícil al más fácil; desde la taranta, el martinete y la seguiriya, a las alegrías y los caracoles; pasado por la malagueña —¡aquellas malagueñas inolvidables del maestro!— y la soleá. Chacón podía con todos los cantes y —lo contrario de lo que le ocurre a la mayoría de los cantaores— los cantes nunca pudieron con él. Porque, cuando en sus últimos tiempos ya le faltaba la voz Chacón sacaba un falsete prodigioso que no disminuía lo más mínimo la calidad de su copla. Las tarantas de sus últimos años demuestran lo insuperable de su difícil maestría.

Chacón como auténtico revolucionario del cante jondo, era temido por cuantos artísticamente alternaban con él. Los más notables cantaores de su época preferían cantar por delante suya, pues terminando de hacerlo don Antonio la gente se marchaba. De ahí, por su superioridad muchas veces demostrada y por su refinada educación y caballerosidad, que le aplicaron el título de «Don».

Don Antonio, modesto siempre, decía:

—Será porque me ven así, gordo, calvo y con cara de obispo.

Como buen jerezano, nuestro artista fué siempre hombre generoso. Cuanto tenía lo daba a manos llenas. Nadie que se le acercara a pedirle se iba sin que recibiera una prueba de su caridad cristiana. Los que le trataron íntimamente conocían, en

fin, las cosas que acostumbraba a dar en el «cormac» madrileño «Los Gabrieles», a los pobres que en la calle aguardaban al fin de las fiestas, o las que hacía el maestro; dándoles luego como postre, el regalo de su arte maravilloso.

Artísticamente, Chacón fué siempre un creador y un renovador genial. Hay estilo; que llevan su nombre: la malagueña, la media granaina, los caracoles; aunque no fuera, ni el primero ni el último, invención suya. Los tangos gaditanos se convirtieron en su garganta, por obra y gracia de su genio, e los tientos que él hizo célebres y reformó «dándoles una cadencia y una categoría que hasta entonces no tuvieron» los cantes de las minas de Levan —tarantas y cartageneras—, que son como lamentos.

Don Antonio Chacón, esforzado paladín del cante andaluz, hizo cuanto pudo y supo para contribuir al enaltecimiento del mismo. No descendió nunca las «calabazas» en busca de un vivo, ni cantó fandanguillos. Vivió siempre para el cante grande, y su vida fué tan grande como su cante, puesto que él fué su más glorioso abanico.

Que estas líneas, trazadas en recuerdo al cumplirse veinticinco aniversario de su muerte, sirvan para hacer que renazca nuevamente su memoria, ya casi olvidada, y que por aquellos quienes tienen el deber de velar por nuestros intereses y de glorificar las grandes figuras de nuestro pueblo sea recogida la iniciativa que hoy lanzo desde estas páginas de erigir el monumento que talla de Emperador del Cante Andaluz y que los jerezanos, por suscripción popular, desean dedicarle en cualquier plaza de la ciudad que le vió nacer y que él tanto amó. 29-XII-5

NOTA.—El trabajo apareció ayer en la sección «Jerez, bodega famosa», en el que se solía construir un monumento al famoso artista del cante. Don Antonio Chacón, es debido a la firma de nuestro corresponsal Juan de la Plata. 30-XII-5